

NOCIONES FISIONÓMICO-HISTÓRICAS

DE LA ARQUITECTURA EN ESPAÑA.

Artículo IX.

MONUMENTOS DE ESTILO MAHOMETANO DESDE EL SIGLO VIII AL SIGLO XVI.

CONTINUACION



Patio de los Arrayanes de la Alhambra de Granada.

GUSTO ANDALUZ—Muerto Al-Motadd-Billah último califa español que había comenzado á reinar en 1027, las divisiones de razas y las revueltas de los Walis hicieron que se hundiese el Califato occidental fundado cerca de 3 siglos antes, segun digimos, por el Beni-Umeyya Abdo-r-Rahman (hacia 1060). La España mahometana se dividió en seguida en pequeños reinos independientes, que los cristianos fueron arrancando uno tras otro de entre las manos de los mahometanos.

Habiendo perdido sucesivamente, los secuaces del Islamismo, á Toledo (1083 ó 1085), Córdoba (1236), Jaen (1246), Sevilla (1247), Murcia, (1250), Valencia y las Baleares (1229); y sido destruidos los árabes por los moros, Aben-Alahmar fundó en Granada, hacia 1250, con los dominios andaluces que bajo el poder de los mahometanos quedaban, un nuevo reino que duró dos siglos y medio, es decir hasta 1492.

Pronto la nueva capital se hizo mansion de goces y magnificencia por los cultos, cortesés y galantes muzlimes españoles, floreciendo en ella las ciencias, literatura y artes

al par de el mas esquisito refinamiento en el lujo y la elegancia.

La arquitectura mahometana española era natural que no se quedase atras en los adelantos hechos por los granadinos en los conocimientos humanos; y en efecto, participando del espíritu de la época en el país, se hizo mas rica y complicada; y como las revoluciones que acabamos de referir, y otras, que por evitar prolijidad pasamos en silencio, habían cortado las relaciones entre nuestros mahometanos y los emperadores de Oriente, este estilo arquitectónico, no pudiendo ya recibir en la Península las inspiraciones del arte bizantino, adquirió la originalidad que hasta entonces le faltaba. Así se creó en el siglo XIII un gusto terciario, que algunos opinan deber denominarse *andaluz* ó *propio*, y que nosotros llamaríamos *granadino*, cuyos mejores ejemplares son la Alhambra (construida desde mediados del siglo XIII á igual tiempo del XIV), el Generalife y otros suntuosos monumentos erigidos en Granada durante la última época de la dominación muzlimica.

Hacia fines del siglo XV los moros del reino granadino

manifestaron grande debilidad á causa de las disensiones que reinaron entre ellos, y señaladamente en la familia Real, habiendo llegado á tal extremo que el rey Muley-Hazem peleó contra su hijo Boabdil. Sacrificando el interés del estado y su propia gloria al deseo de venganza, no pensaron en resistir á los cristianos, como hubieran podido hacerlo todavía, y dejaron que los Reyes Católicos (en los cuales por su casamiento se habían reunido casi todas las fuerzas de la España Cristiana), fuesen tomándoles las plazas fuertes que les quedaban, y acorralándolos progresivamente hasta encerrarlos en la ciudad de Granada el año de 1491. Después de mas de un año de sitio, Boabdil, último rey moro de España entregó en fin por capitulación la Ciudad, obteniendo poder retirarse á los montes de las Alpujarras con los que quisieran seguirle; pero no pudiendo resignarse á ser vasallo en donde había sido soberano, marchó, como otros muchos islamitas, á el Africa donde murió. Tal fué la terminación del poder de los sectarios de Mahoma en la Península.

Quedaron por entences en nuestra nacion numerosos mahometanos en el libre ejercicio de sus leyes y creencias con arreglo á las estipulaciones de su sumision á los Reyes Fernando é Isabel. Pronto los *moriscos* comenzaron á insurreccionarse; y en castigo de sus rebeliones fueron obligados, por las primeras, á hacerse cristianos ó á salir de estos reinos pagando un rescate; dándose entonces el nombre de *moriscos* á los que recibieron el bautismo; por otras (1568) fueron separados del reino de Granada y diseminados por el resto de España, no quedando en los antiguos dominios de Boabdil mas que cristianos viejos y moros convertidos al cristianismo antes de las primeras rebeliones, denominados *Mudéjares*; y por último, á causa del temor que inspiraban á Felipe III, fueron en 1609 expulsados de España, y cazados como fieras los que para no salir de la Peninsula se refugiaron en las montañas; quedando así totalmente anonadados en nuestra nacion los ritos y creencias del Islamismo.—La arquitectura mahometana, así como muchas prácticas de profesiones y oficios, desaparecieron de nuestro suelo con la expulsion y exterminio de la industriosa poblacion morisca.

Los caracteres de este gusto son:

1.º—*Columnas* muy esbeltas, con basas generalmente acampanadas, y capiteles de diversas formas y labores, diferenciándose de los de anteriores épocas, ya por sus caprichosas formas, ya tambien por su ornamentacion puramente mahometana. Con frecuencia los capiteles tienen sobrecapiteles, ó una forma que se acerca á la del capitel con sobrecapitel. A veces se ven, sobre las columnas, altas impostas de que arrancan macizos pilastriformes con ligeras columnillas empotradas en sus ángulos. [Cuando hay estos macizos (ala-amadin) los arcos voltean de encima de ellos.

2.º—*Arcos* de muchas maneras: de ogiva tûmida y de herradura, de porciones de elipse ó de otra forma no circular; de ogiva tûmido-conopial, es decir, con la parte media como hinclada y la superior muy aguda por tomar en ella las líneas curvas direccion contraria á la que traen de abajo; angrrelados que afectan la forma de porcion de elipse, y cada porcion convexa del angrrelado tiene tambien periferia elíptica. Hay arcos con doble y triple angrrelado las mas de las veces enlazado; otros en que se combinan porcioncitas de circulo con líneas rectas unidas en ángulos rectilíneos de los cuales hay muchas variedades; otros finalmente muy caprichosos, contándose entre ellos unos que tienen la singularidad de parecerse, por sus indefinibles formas generales y por tener pendientes boyedillas apiñadas, á los que la naturaleza presenta llenos de estaláctitas en algunas cavernas de las rocas; por lo cual algunos los llaman arcos estalactíticos.

3.º—*Bovedillas apiñadas* muy complicadas, y de las formas de todos los arcos de este gusto.

4.º—*Fajas horizontales* de ángulos entrantes en el muro. Suelen tener como un pié de anchura tomándose esta de abajo arriba, y estar en el exterior de los edificios. (Véase sobre el agimez en la página 352).

5.º—*Ornamentacion* en que la variedad, finura, ligereza y riqueza y aun profusion de los adornos se hermanan con una invariable regularidad (V. las págs. 348 y 349). Los muros, bóvedas y entrepaños suelen estar revestidos de ellos de tal manera que, asemejándose á ricas telas bordadas recuerdan los mas preciosos tejidos orientales, los engages y ricas telas de la India y del Catay. Consisten en lacerias atauriques y ajaracas; las ajaracas y atauriques prodigiosamente caprichosos y variados en sus perfiles, marcha, movimientos y giros multiplicados; á veces sus hojas son corvas y agudisimas y á veces de perfil simétrico y nada agudas como las de parra, roble y otras. Las lacerias son muy complicadas viéndose en ocasiones duplicadas las figuras usadas en el gusto anterior, formando, en los centros estrellas de 16 puntas agudas. Es notable el separarse algunas lacerias de su generador el exágono rectilíneo y de las figuras engendradas inmediatamente por él combinándose consigo mismo, hasta el punto no solo de reunirse en ángulo con líneas curvas, sino de llegar á participar en alto grado de las tracerias del estilo ogival. De las lacerias del gusto andaluz se ha dicho que «sus filetes partiendo ya de un centro comun, ya de centros que se corresponden, llegan hasta los extremos, huyéndose encontrándose, atravesándose, enlazándose y trazando ángulos y otras infinitas figuras, combinando sus líneas rectas y curvas hasta tal punto que la vista apenas puede seguir las, y que solo por medio de la geometria puede hallarse la secreta razon de sus fugaces vueltas y revueltas: de continuo una sola línea revolviéndose en mil direcciones, tegiéndose y anudándose de infinitas maneras recorre y llena todo el espacio que se necesita adornar.»

6.º—*Las inscripciones* suelen tener sus caracteres muy enlazados, á veces con tendencia á lo que comunmente se llama simetria, sacrificando á esta tendencia algo de la forma de las letras y no poco de la claridad de la leyenda. En ocasiones los caracteres se mezclan ó entrelazan con las lacerias, atauriques ó ajaracas. Usase en ellas del alfabeto (abuged) cúfico en unas, y en otras del majrebita (occidental).

Abu-Abd-Allah-Ben-Nasr, mas conocido bajo el nombre de Elgaleb-billah (es decir *Vencedor por la Gracia de Dios*) célebre por su valor, rectitud y bondad, (que reinó en Granada desde 1231 hasta 1273), empleó en construir la Alhambra una buena parte de sus tesoros. Sus sucesores, siguiendo su ejemplo, embellecieron progresivamente, hasta fines del siglo XIV, este inapreciable edificio que les sirvió de residencia hasta la caída de su reino. Una inscripcion de la puerta principal llamada *adel Homenagen*, abierta en una gruesa torre cuadrada, de ladrillo como todo el recinto de la fortaleza, y tan poco adornada como todas las construcciones exteriores de los moros, manifiesta que las fortificaciones de la Alhambra no se terminaron hasta el año 749 de la Hégira (1338 de Jesucristo), cien años, sobre poco mas ó menos, despues del palacio.

El Generalife, que era la casa de campo de los reyes de Granada y del cual quedan algunos restos de trabajos delicados y primorosos, fué erigido, por este tiempo mismo, sobre una colina enfrente de la Alhambra á tres cuartos de legua de esta.

(Se continuará.)

MANUEL DE ASSAS.

NOEMIA

6

LA FLOR DE LOS BOSQUES

POR

MAD. ELISA GRENET.

El día siguiente Noemia y Amelia se encontraron solas en el acostumbrado punto de reunion. Amelia la dijo: —

—¿Cuánto habla de vos Julio; de la manera con que arreglais vuestros cabellos, y de la elegancia con que llevais los trajes y otras muchas pequeñas cosas que hacen tan feliz á la persona que ama!

Pasaron cuatro días despues; y las dos amigas estuvieron otra vez solas en el paseo. Noemia no estaba en sí, ¿tenia un vago presentimiento de pena, ó sentia la falta de Julio?

Antes de volver á su casa fué á ver á Madama Margarita que tambien estaba triste. Margarita la dijo:

—¿Cuántos días sin venir á verme! ¿Cuál ha sido la causa?

—Han presentado á mi padre una familia que habita al otro lado del rio y me agrada mucho; hay en ella una señora jóven con la que simpatizo en extremo. Me estoy con ella en el jardín trabajando y hablando de *toilette* y de bordados.

—¿Sabéis á quién recibís? los conocimientos de la estacion de baños son muy peligrosos. Debeis comprender la poca atencion que en esas cosas pone vuestro padre; y debeis ser muy prudente. Sospecho no sé qué de vuestras nuevas relaciones. Una jóven no debe hacer conocimiento con nadie, sin consejo de su familia ó de sus amigos; aunque estas relaciones no lleguen á tener malas consecuencias, siempre será haber obrado muy ligeramente.

Noemia repitió mil veces:

—Amelia es excelente y su marido tambien: su amigo (añadió haciendo relacion á Enrique) es un fátuo insignificante.

Pero se guardó bien de hablar de Julio.

—No importa (contestó Margarita) no estaré contenta hasta que juzgue por mí misma de la eleccion de tus nuevos amigos.

El día siguiente se daba un gran baile en casa de Monsieur Beldon. Margarita pudo asistir á él aunque un poco tarde, si bien llegó bastante á tiempo para ver claramente lo que deseaba. Parecióle el baile mas brillante que nunca; pero pronto su atencion se volvió hácia otros objetos: notó que Noemia habia cambiado repentinamente, que habia perdido, como por encanto la alegría infantil que la caracterizaba, que estaba inquieta y olvidada de bailar cuando la tocaba, y tenia los ojos constantemente fijos en la puerta. Cada persona que entraba observaba Madama Margarita, que no era la persona esperada por Noemia. Advirtió tambien que cuanto mas avanzaba la noche, mas pensativa iba estando *La Flor de los bosques*.

Otra persona llamaba tambien la atencion de Madama Margarita: era la recién amiga de la niña. Margarita se acercó á esta y la preguntó:

—¿Te ha reñido papá? parece que estabas inquieta cuando vine; y despues te has puesto triste.

—No, buena Margarita, no; os lo aseguro, estoy muy alegre; y sobre todo soy muy feliz desde que habeis llegado.

—Me admira, Noemia, que no me presentes á tu nueva amiga. Al verla alejarse cuando yo me acerco, cualquiera creeria que estábamos reñidas. Preséntame pues á ella.

—Perdonadme si ya no lo he hecho; pero Amelia es tan tímida y de un carácter tan encogido... está tan poco acostumbrada al trato de gentes y á sus exigencias, que esto la incomoda mucho. Me ha suplicado que la escusase en el caso de que alguna persona pudiera tacharla de desatenta.

Margarita que hasta entonces no habia querido formar su juicio por temor de equivocarse, no vaciló ya para dar por realidades sus sospechas; que en verdad eran muy fundadas.

Amelia era una mujer vil y depravada. Los pormenores de su vida eran tan innobles que debemos abstenernos de escribirlos. Limitarémonos á decir lo que nos importa para nuestra historia; y es que Julio trató pronto de separarse de ella, porque habia sabido positivamente que estaba en relaciones demasiado íntimas con el fátuo insignificante. Margarita, que se informó de todo, supo el sitio y la hora en que habia de verificarse esta ruptura y llevó, como casualmente, á Noemia, junto á uno de los mil kioscos del parque en que habia citado Julio á Amelia. Allí, ocultas con el ramaje, sin ser vistas y sin ver, oyeron la conversacion siguiente:

—El motivo que me ha hecho citaros aqui, señora, no es ninguno de los que podeis suponer;—dijo Julio á Amelia sin sospechar siquiera la proximidad de Margarita y Noemia.

—¿A qué vienen esas palabras, Julio?—repuso Amelia.

—Teneis, señora bastante aplomo para preguntarme cuando yo callo. El motivo de nuestra conversacion es que sepaís que yo os amaba, Amelia, porque os creia honrada. Por vos he sacrificado puras y verdaderas afecciones; porque os juzgaba digna de ello. Me he engañado; y os doy gracias por los ratos agradables que me habeis proporcionado.

—Pero, mi marido os debe dinero que nos es imposible volveros ahora.

—Vuestro marido sabia eso cuando me lo pidió prestado; y yo tambien sabia que no habia de volvérmelo nunca; mi sacrificio por consiguiente estaba hecho con anticipacion. Si algun día os habia de esto, decidle que estamos pagados que hasta le dispenso de reconocermé en la calle. En cuanto á vos, señora, supongo que tendreis un resto de pudor... En el caso contrario debo advertiros, que hareis con respecto á mí esfuerzos inútiles.

—Yo me vengaré (prorumpió Amelia llena de cólera), de esa tontería que sin duda os habrá contado algun chisme.

—¿De quién os atreveis á hablar así?

—De esa bachillera de Noemia, que decia mil cosas desagradables de vos; «que erais un tonto, un presuntuoso; que no podia veros»; y otras cosas á este tenor. Pero yo iré á hablar á su padre y le revelaré secretos que la harán ruborizarse.

—Si tengo algun remordimiento en mi conciencia, es el de haberla engañado, y de haber hecho de su inocente credulidad el velo que ocultaba vuestra vergüenza. Vuestra conducta es mas innoble de lo que yo hubiera podido creer: lo veo en todo lo que decís. ¡A Dios, pues, para siempre!

Y al decir estas últimas palabras la entregó una cajita que podia suponerse contener un retrato.

—¿Y mi pelo?—Interrogó con rapidez Amelia.

—Ahí está, respondió del mismo modo Julio y se alejó de ella precipitadamente.

Los días pasaron sin que Noemia diese mas señal de vida que algunos movimientos convulsivos.

Al llegar á este punto de su narracion el autor de la presente historieta ha echado una mirada retrospectiva, y de él se ha apoderado un escrúpulo. «Todos estos pequeños pormenores ¿podrán ser un abuso de la bondad de los lectores?» esta idea acaso le hubiera detenido, si muchas consideraciones no le impulsaran haciéndole marchar hácia ade-



Jarrón de gusto andaluz ó granadino. Núm. 1.

ante. Hay una multitud de cosas posibles una de ellas es que estas líneas presentadas al público estén escritas para una sola persona, y destinadas solo á ser leídas por ella; entonces que el público sea indulgente y nos perdone el tal abuso.

Cuando Noemía volvió en sí, tenía junto al lecho á su padre, quien con mortal inquietud, contaba, con el reloj en la mano, los minutos desiguados por el médico para darla los medicamentos recetados.

Noemía le pidió la mano que silenciosamente inundó de lágrimas, y le dijo:

—¡Cuán bueno sois!

El padre dió gracias á Dios desde el fondo de su corazón al ver á la que llamaba su hija volver á su pleno conocimiento.

—Padre mio, (dijo *la Flor de los bosques*) os suplico que vayáis á tomar algun alimento; ya estoy completamente bien.

Habiendo salido su padre entró la doncella; y creyendo curar radicalmente á Noemía la dijo:

—Señorita he recibido, con el sobre para mí, una carta con otro para vos.

La pobre niña que aun se hallaba bajo la impresion del golpe que acababa de sufrir, tomó la carta y ávidamente leyó lo que sigue.

«Querida No emía:

»No puede menos de participaros una determinacion que he tomado para castigarme á mí mismo de mi falta; y si me amais debeis resignaros. Yo no os veré ni hablaré hasta la velada de San Juan. Entonces iré á encontraros á media no-



Jarrón de gusto andaluz ó granadino. Núm. 2.

che en la fuente que se halla en medio de la gran calle de árboles del parque. Os impongo esta privación como prueba de vuestro afecto, y me alegraré de saber que vos la aprobáis.

«Todo vuestro,
Julio.»

Noemía no supo al pronto qué pensar; creyó que soñaba; y se preguntaba á sí misma.

—¿Es posible que tanta infamia exista?

Oró largo tiempo: lloró por su madre y por la privación de su vigilancia, y se encontró en una calma propia de la dignidad ofendida.

Quería decir á Julio todo lo que la oprimía el corazón;

todo lo que había oído en su ruptura con Amelia. Y sin embargo, su mayor deseo era verle. Parecía imposible que aquel Julio, que ella había en su imaginación colocado sobre un altísimo pedestal, pudiera descender de él á pasos tan gigantescos.

Respondióle, pues, que deseaba verle.

El la contestó:

«Señorita, sería hacerme poco favor, volver á hablar de una cosa ya dicha. Siento amargamente que me hayais juzgado tan débil; y si insistis en una idea, que me pesa hayais concebido, me obligareis á abandonar el país.

«Siempre vuestro,
Julio.»

Noemía, ofendida de la conducta del joven, y sobre todo

de lo mal que había comprendido su carta, le volvió á escribir la siguiente:

«Atónita, señor, me ha dejado vuestra respuesta á mi carta: no es posible de modo alguno que esté dirigida á mí. Yo no trataba de suplicaros ni de importunos con mis lágrimas: solo quería asegurarme por vos mismo de vuestra conducta con respecto á mí, y deciros al mismo tiempo, que la libertad que deseais por algunos meses os la concedo para la eternidad.

«Vuestra muy humilde,
Noemía.»

Las fuerzas, que había prestado á la *Flor de los bosques*, la indignacion producida por la carta de Julio, la abandonaron repentinamente; y recayó con mas gravedad que antes.

La casa estaba trastornada: la familia pasó tres dias y tres noches en una inquietud horrorosa.

El cura que asistia á Noemía, á la cual habían hecho confesar temiendo una desgracia, se retiró el tercer dia á hora muy avanzada de la noche. Noemía era buena, y todos la amaban: escitaba una simpatia general; así que el buen clérigo salió muy pensativo acerca del estado de su salud. En el camino tropezó con un cuerpo al parecer inanimado: bajóse y pudo convencerse de que era el de un hombre.

—¡Hijo! (exclamó el sacerdote), ¿qué haces aquí? ¿Padeces?

No obtuvo respuesta alguna.

Acercóse á él; y, viendo que respiraba; le tiró fuertemente del brazo diciéndole:

—¿Qué te han hecho? Respóndeme.

—Padre mio, (contestó Julio), Dios me ha castigado. Sufro demasiado: voy á morir: Dejádme.

—¿Tus males, son físicos ó morales?

—Padezco de unos y otros; pero dominan los morales.

—Consuélate. Dios no castiga á los que ama; y tu debes creerte de estos.

—Yo le he ofendido demasiado.

—¿Dios mio, tened piedad de él!

—¡Jóven, (le dijo el cura), sufré y ora; la oracion dá valor. Si tienes necesidad de socorros ven conmigo á la iglesia, y allí se te darán.

El clérigo tenia sin cesar el pensamiento en los padecimientos de Noemía, y decía entre sí, aunque con voz inteligible:

—Aquella infeliz sufre dolores. ¿Qué ha podido hacer? ¡Dios mio, volvédnosla, ¡ Es la única que adorna nuestros altares!

El buen sacerdote se dejaba dominar por la afección que profesaba á la *Flor de los bosques*, y no reparaba en que tenia un testigo.

—Padre mio, (le preguntó Julio, tratando de levantarse.) ¿de quién hablais? ¿Quién es la que se halla tan mala y es tan buena?

—No debes ser de esta poblacion, (repusa el siervo de Dios), sinó tu sabrias que no puede ser ninguna mas que Noemía.

—¿Qué decís? ¿Noemía moribunda? ¿Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho?—Pero, ¡Padre mio! es imposible esa jóven tan indiferente...—; Mi cabeza estalla!—¿Pero qué tiene?

—Una congestion cerebral que probablemente la llevara al sepulcro.

—Pero, (dijo Julio levantándose de súbito), ¿qué ibais á hacer tan de prisa?

—Despertar á la gente de la Iglesia, para administrarla los Santos Sacramentos..

—¿ Puedo seros útil en algo? Estoy á vuestras órdenes.

—Bien hijo mio, sigúeme: yo te diré lo que debes hacer. ¿Pero y tu mal? ¿no te acuerdas ya de él?

—Mañana me confesaré y vuestros consejos me ayudarán á soportar la vida.

—El buen sacerdote había dejado á Noemía con Margarita y con su padre, que tenia puesta su atencion mas en un objeto de arte, que en su hija; y lo cual daba lugar á las dos amigas para conversar, sin reparo.

—¡Qué fatalidad hay en todo esto!—(decía Margarita), ¡Cuánto me arrepiento de haberme alejado de tí.

—Yo moriré por ello. (Respondió Noemía) ¡Morir; y aun no he vivido! ¿Sería yo acaso como un viajero que, saliendo de su ciudad natal, y viendo los arrabales súcios, fangosos y pobres, no continuára su viaje? De toda la vida, de todo lo que encierra de felicidad y placeres, de todo lo que puede ofrecer al corazon y al entendimiento, no conozco nada; nada mas que el sufrir... Y un dia ú otro, cuando el mundo sepa que he amado, seré desgraciada por él; porque el mundo y la sociedad, ajan todo lo que tocan, todo aquello á que se acercan... Pero, ¿por qué exigir una virtud y una grandeza de alma que no pueden tener? ¿por qué no contentarse con lo que pueden dar? ¿por qué pedir rosas al jazmín, madre selvas al limonero, en vez de disfrutar del olor del jazmín y del azahar? Entregando así toda mi existencia, á un hombre que no la quiere á ningun precio, ¿no soy tan loca como los que en su jardín no cultivan mas que una sola flor ó una sola variedad, como si cada flor no tuviese encantos en su peculiar perfume y en su propio color?

—Tienes razon. (La dijo Margarita, viendo que su cabeza se iba exaltando demasiado). Cálmate. Tu encontrarás un hombre digno de tí. Este no te amaba, porque no tenia las facultades intelectuales necesarias para comprenderte. No lo sientas. Dá gracias á Dios. Lá oracion te consolará y te volverá la salud.

Madama Margarita puso fin á esta conversacion; porque veía que Noemía perdía cada vez mas la cabeza.

El dia comenzaba á aparecer.

La ventana estaba cuidadosamente cerrada; y una doble cortina producía una profunda oscuridad. Solo cuando los ojos se habian acostumbrado podia verse á la enferma.

Estaba pálida: sus labios blancos estaban secos y su mirada era como un relámpago. Como se hallaba ensimismada, tenia los ojos cerrados y parecia dormida; pero en su imaginacion tenia demasiada actividad; había delirado durante media hora.

Abrióse la puerta y entró el médico.

—¿Qué tal?—dijo al entrar.

—Siempre lo mismo; (contestó Margarita); si la digo «*adobe*», ella me responde: «*Julio*»; si la pregunto «¿cómo estás?» ella me dice: «*Julio*». Es imposible sacarla otras palabras.

El médico la tomó el pulso y la palpó la cabeza.

—¡Sangrada dos veces en dos dias, (dijo él); y sin ningun resultado!—¿Quién es ese Julio? (preguntó repentinamente), ¿por que no la dejan casarse con él?

—Es imposible; (respondió Margarita); la sociedad tiene exigencias que satisfacer y no se puede ir contra ellas.

Pues si se muere, (replicó el médico), la sociedad no la agradecerá mucho este sacrificio. Si la tal sociedad llega un dia ú otro á saber la causa de su muerte, la misma sociedad que los hubiera criticado por casarse, sea de un modo ó de otro dirá que han sido bien necios; y tendrá razon. La sociedad de cada uno debe ser su conciencia; ni mas ni menos, Madama Margarita.

En este momento llamaron suavemente á la puerta. Era el sacerdote acompañado de Julio.

Noemía se despertó murmurando.

—; Julio!

Pero permaneció echada de espaldas, con la boca entrecerrada y los ojos medio cerrados.

Julio estaba temblando. Cuando pudo distinguir las facciones de la *Flor de los bosques*; cuando vió su cara descarnada y sus ojos huecos volvió la cabeza. Ignoramos todavía si fué de horror ó de lástima. Margarita se volvió para saludar al Sr. Cura y reconoció á Julio.

—Vos aquí, caballero.

—Perdon, Margarita, callad.

—¿Quién es ese jóven? dijo el médico.

—Ese jóven (respondió Margarita), creo que sobra aquí, doctor. Es el Julio de quien hemos hablado.

Y Margarita se levantó como para suplicarle que se fuese.

—¡Deteneos! ¡deteneos! (la dijo el facultativo que habia conocido su intencion)—Jóven, acercaos. Es preciso ver si os reconoce.

El médico y Julio se acercaron y se pusieron delante de Noemia. Pero esta no hizo movimiento alguno.

El médico meneó tristemente la cabeza, y dijo á Julio:

—Hablad: llamada. Acaso conocerá vuestra voz.

Julio titubeó y dijo.

—¿Noemia!

Esto fué para ella como un golpe eléctrico; pero cuyo efecto duró poco. Abrió los ojos un solo instante y sin dejar de tenerlos fijos.

—Otra vez,—dijo el médico á Julio.

Julio repitió.

—¿Noemia!

Entonces la pobre jóven se apretó la frente con las manos como para aplacar el tumulto de sus ideas que se despertaron súbitamente. Despues frotándose los ojos como una persona que sale del sueño, estendió los brazos.

—¡Ah! (exclamó con tono tranquilo) ¿Sois vos Julio?

Y sus ojos brillaron como con un relámpago de alegría.

—Habeis hecho bien en despertarme (añadió) yo tenia un sueño malísimo.—¡Oh padre mio! (prosiguió dirigiéndose al médico) no os entrometais en esto. Dejadme arreglarlo á mi modo para que sea feliz. El mundo dirá que este matrimonio es ridiculo; ¡qué importa el mundo? La felicidad ante todo; porque el mundo no da nada en cambio de los sacrificios que por él se hacen. ¡Que nos dejen pues ser felices!—Decidse lo vos tambien, Julio, y él tendrá fé en vos.

—¡Oh que bello cielo que puro está. Ved Julio que el cielo nos protege. Este hermoso cielo es una mirada de amor con que Dios nos acaricia.—¿Y porque no estais ya vestido y yo no tengo puesta la corona nupcial, y el velo y todos los adornos de la novia; todas esas pequeñas cosas precursoras de una vida feliz?—¡Vamos! ¡que se den prisa! No quiero retrasar ni un instante mas nuestra felicidad. Porque yo voy á ser de él, de él para siempre.—¡Oh madre mia, bendecid á vuestra hija y perdonadla el que pueda pensar en la felicidad terrenal sin vos!

Echó una mirada en derredor, y exclamó:

—¡Oh! ya me recuerdo: yo os hablaba de un porvenir que era para nosotros muy seguro; yo os decia entonces—¡es cosa singular como me acuerdo de aquel dia (añadió como si despertase)—si él me viese el rostro inundado de lágrimas, (y en efecto lloraba) ¿me rehusaria una mirada y una palabra? su voz me haria tanto bien. No soy exigente; con tal que yo respirase el mismo aire que él: que pudiera verle, oírle á todas horas!.. Yo lloro: yo lo suplico; yo lo imploro como se implora á Dios; pero él no me oye. Le amo tanto y sufro... ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Tened compasion de mí!

Noemia sollozaba.

—¡Bien! (dijo el médico) está salvada. Va á volver en su conocimiento.

Durante todo este monólogo, Julio habia estado pensativo y pálido como la muerte. Comprendia entonces todo el mal que habia hecho. Pero era demasiado tarde.

El médico se acercó á el y le dijo:

—Caballero, vuestra presencia aquí es peligrosa para la enferma: como médico no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de ello.

Julio creyó de su deber, pero solo para con la sociedad, el retirarse. No hemos sabido ningunas otras de sus impresiones con respecto á este asunto.

Mr. Beldon entró; y dirigiéndose á Madama Margarita dijo:

—¿Margarita, vos conoceis la posicion de Noemia, no es verdad? Está sin familia ni fortuna: el peligro que ha corrido me ha servido de aviso. Es preciso asegurarla su posicion; y para esto voy á casarme con ella.

—¿Pensais en eso? (repuso Margarita). Para ponerla al abrigo de la miseria casaros con ella? ¿y esto teniendo ya un pié en la sepultura? Dejad á Noemia el tiempo de restablecerse bien de su enfermedad; y ya que habeis sido tan bueno para una persona estraña, sedlo hasta el fin. Dejad que ignore su nacimiento hasta el dia en que se case con un hombre de su gusto, que será para ella toda su familia, y á quien amaré. Sinó destruireis su existencia sin añadir nada á la vuestra.

—Es indispensable (dijo Monsieur Beldon que desde detras de una cortina habia oido todas las palabras de la enferma delirante); es indispensable que Noemia se case hoy mismo. Vos conoceis la sociedad mejor que yo; (añadió bajando la voz): Noemia está perdida: yo la quiero demasiado para verla sacrificada á la opinion pública. Es mejor que ella se sacrifique á una persona que se lo agradecerá y á la que debe tanto agradecimiento. Yo conozco á Noemia: no es desagradecida, y por consiguiente sabrá hacer abnegacion de un sentimiento que la rebaja, para ser esposa honrada de un hombre de bien. Os digo que estoy dispuesto á romper con todo lo que pueda oponerse á mi voluntad,

Once horas despues Noemia era Madama Beldon y habitaba en la ciudad en que la encontramos al principio de nuestra narracion.

Lo que pasó en seguida de su casamiento lo hemos referido al principio segun el relato que de ello nos habian hecho.

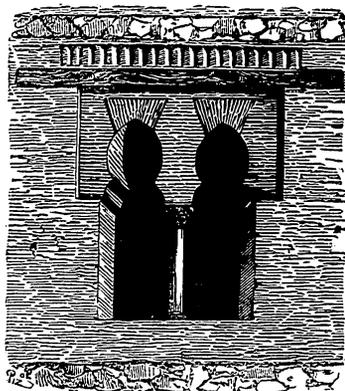
En la noche de San Juan Mr. Beldon despues de vuelto á su casa y de haber sacado á su jóven esposa del convento, se presentaba con ella por primera vez en público. No habia pues que extrañar en las palabras pronunciadas en aquella noche por Madama Margarita, sinó para los que ignoráramos las singularidades de su casamiento y las circunstancias que le habian precedido.

El que esté sin pecado que tire la primera piedra.

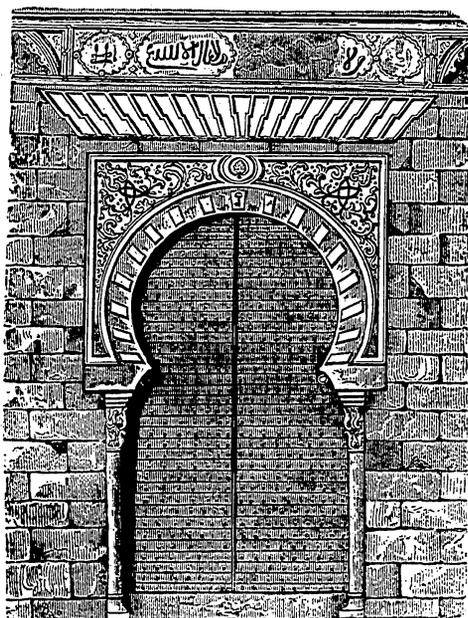
ELISA GRENET.

FIN.





Ajimez de la Casa de los Toledo en Toledo.



Pared principal de la fortaleza de la Alhambra.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.
 Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.
 EDITOR RESPONSABLE, DON LEOP. FRANCISCO DE LA LOSCHA.

Madrid 1857.—Imprenta á cargo de MANUEL GOMEZ,
 calle de la Union, núm. 3.